



Expediciones científicas españolas al Pacífico, en la segunda mitad del siglo XVIII

Belén Bañas Llanos

Centro de Estudios Históricos

Consejo Superior de Investigaciones Científicas

El verano de 1789 ha supuesto para muchos historiadores la línea divisoria entre dos épocas. Los revolucionarios acontecimientos ocurridos en París alcanzaron tal resonancia y capacidad de evocación que, a fuerza de iluminar y protagonizar el momento y el período que inauguran, acabaron por hacer de aquellos días una fecha netamente europea y, por descontado, francesa. También es clásico desde 1955, según las tesis de R. Palmer y J. Godechot, hablar de «revolución atlántica» y vincular así los distintos conflictos y procesos de ruptura que se produjeron en América y Europa durante el último tercio del Siglo de las Luces⁽¹⁰⁹⁾. Sin embargo, más allá del continente americano, justamente en las antípodas del epicentro revolucionario, en el Pacífico meridional, se estaba librando por aquel entonces una dura batalla colonial en absoluto ajena a las transformaciones del occidente europeo.

En el siglo XVIII el Pacífico hacía tiempo que había dejado de ser el «lago español» para convertirse en un escenario internacional⁽¹¹⁰⁾. Durante la segunda mitad del siglo, aquel inmenso océano conoció el penúltimo coletazo de ese otro gran proceso que vertebró la edad moderna y buena parte de la contemporánea y que recibe el nombre genérico de «expansión europea»⁽¹¹¹⁾. Distintas potencias occidentales rivalizaban en el Pacífico descubriendo [86] islas, trazando nuevos derroteros y estableciéndose en puntos estratégicos para la defensa y el comercio.

A partir de 1763, con el Tratado de París -finalizada la guerra de los Siete Años y cuando Gran Bretaña puso en evidencia que era la potencia hegemónica en ultramar- las monarquías europeas se lanzaron a una carrera frenética sobre aquel espacio, hasta entonces apenas conocido. Se trataba de hallar nuevos puntos de aprovisionamiento para los buques en travesía y de establecer nuevas bases para la apropiación o el intercambio comercial.

Desde las islas Malvinas («la llave del Pacífico»)⁽¹¹²⁾ hasta los confines septentrionales de California, y desde Manila («la perla de Oriente») hasta Nueva Zelanda, el mar del Sur recibió un rosario de viajes, exploraciones y expediciones científicas de diversa índole que, en última instancia, respondían a una misma e incontestable realidad: el océano más alejado del viejo continente se había convertido para éste en una zona de atención prioritaria. La franja meridional del Pacífico atraía la mirada de los europeos por los mercados y productos orientales, por los misterios geográficos que aún quedaban por desvelar y sobre todo por la búsqueda de nuevas áreas donde poder ensanchar y completar el conocimiento del mundo y su dominio. A pesar de ello, el Pacífico no consiguió desplazar al Atlántico como centro de gravedad de las relaciones internacionales ultramarinas, pero sí consiguió revalidar su importancia⁽¹¹³⁾. Por citar algunos ejemplos, las expediciones de Bougainville, Byron y Wallis, en la década de los sesenta, fueron seguidas por los célebres viajes del capitán Cook en los años setenta y el de La Pérouse a mediados de los ochenta. Por añadidura, el Tratado de Versalles de 1783, al sentenciar la pérdida de las colonias inglesas de Norteamérica, propició que Gran Bretaña reafirmara su «vocación comercial e imperial en el extremo oriente»⁽¹¹⁴⁾.

Durante esta misma época, los Estados europeos pasaron a controlar directamente las antiguas compañías comerciales que monopolizaban los mercados en el Este⁽¹¹⁵⁾. Cuando el siglo entraba ya en su tramo final, efectuado ya el tránsito del «arte» de navegar a la ciencia de la navegación⁽¹¹⁶⁾, mitos como el de la «Terra Australis» o el del paso del Noroeste fueron desvaneciéndose. Detrás quedó lo que en verdad había sido mucho más [87] sugestivo para las metrópolis que cualquier fabulación: la riqueza real y potencial del océano y sus archipiélagos. Y sobre ella, los sujetos encargados de ejecutar una política colonial activa: científicos y navegantes para investigar, militares para defender y comerciantes para hacer efectivo y rentable el dominio⁽¹¹⁷⁾.

1. ESPAÑA Y LAS EXPEDICIONES CIENTÍFICAS DEL SIGLO XVIII: génesis y desarrollo

Las expediciones científicas españolas del siglo XVIII, realizadas tanto al continente americano como al Pacífico, deben su origen a la necesidad que tenía la monarquía hispana de defender, conocer y gobernar mejor sus amplias y dispersas posesiones ultramarinas, sin descartar la posibilidad de ampliarlas. Estas necesidades surgieron tanto de la competencia entre la comunidad científica internacional como de la expansión territorial de las mismas.

Pero no se entenderá bien el auténtico móvil de las expediciones científicas promovidas por la Corona española, sobre todo en la segunda mitad del siglo XVIII, si no tenemos en cuenta al menos dos aspectos que le son propios: el político-militar y el científico, ambos dentro del marco de la Ilustración.

En primer lugar, hay que destacar que se planean y preparan «al hilo» de la política colonial del momento. Del imperio ruso se temían agresiones en la costa septentrional del Pacífico. El expansionismo británico, en el litoral atlántico de América y en el Pacífico Sur, era un hecho reiteradamente comprobado. Al mismo tiempo se había producido la independencia de los Estados Unidos de Norteamérica, situación que venía

a modificar el equilibrio político en territorio americano, y que, incluso habiendo contado con la ayuda española, y más aún con la francesa, podía representar ante los colonos españoles de otras latitudes un ejemplo peligroso para los intereses de la metrópoli.

Estas circunstancias motivaron los tres «Pactos de Familia», una forzosa alianza entre los Borbones de España y Francia frente al enemigo común, Inglaterra, que asestaba un golpe aquí y otro allá tratando de tender un puente que le permitiera la penetración en el Caribe, el Atlántico meridional y, por supuesto, el Pacífico.

La inseguridad de nuestras colonias constituía una seria preocupación para España. La distancia entre la metrópoli y los virreinos y demás establecimientos [88] era inmensa. Por otra parte, los riesgos se acentuaban con la lentitud y las dificultades de la navegación a vela, así como con la escasez de unidades de la Armada. El contrabando que ejercían Inglaterra, Portugal, Holanda y Dinamarca -anteriormente ejercido por Francia- con la intención de establecerse en algún lugar de las macroposiciones españolas, o al menos de lucrarse con sus productos, iba arruinando poco a poco la hacienda real. Por todos estos motivos preferentemente, era necesario conocer bien la situación, los límites y las comunicaciones de las colonias españolas en ultramar, así como sus posibilidades de expansión y de defensa, sus caracteres geográficos, sus pobladores, la riqueza real y potencial o sus relaciones comerciales.

Los científicos⁽¹¹⁸⁾, sujetos imprescindibles de estas expediciones, dejan de ser eruditos para convertirse en técnicos al servicio del Estado. La ciencia deja de ser una mera actividad de gabinete para convertirse entonces en un mecanismo que sirva para solventar los problemas que plantea el desarrollo económico y social del país y sus colonias ultramarinas. Este importante cambio dentro de la ciencia española estuvo asociado a otros dos procesos. Al primero se le ha denominado «internacionalización de la ciencia», por intentar agrupar desde las preocupaciones por encontrar un sistema de medidas universal⁽¹¹⁹⁾, que hiciese posible el intercambio y el contraste de las observaciones científicas, hasta el desarrollo de programas cooperativos de investigación⁽¹²⁰⁾. El segundo proceso suponía consolidar la nueva racionalidad frente a la silogística escolástica, y venía a estimular un compromiso más radical del científico con su realidad próxima.

Ambos procesos, cuyo coste financiero y político fue importante, requirieron el apoyo sostenido del Estado que, a cambio, promovió una política centralizadora para reforzar la hegemonía de la Corona. Ello le permitió dotarse del personal necesario para intervenir en cuestiones de ciencia y tecnología. Dicho esto, cabe apuntar que las expediciones científicas del setecientos se llevaron a cabo en un clima de apoyo y competición creado entre las distintas potencias europeas, sobre todo Inglaterra y Francia, frente a las que España rivalizó en el conocimiento científico. Al [89] igual que esas dos potencias, España intentó crear un núcleo urbano donde se concentraran sus instituciones científicas. También trató de instaurar una Academia de Ciencias, aunque no lo consiguió. No obstante, surgieron diversas instituciones que, como el Real Jardín Botánico o el Real Gabinete de Historia Natural de Madrid, plasmaron el sentir ilustrado de la época y dieron auge y vigor a la cultura científica.

Los expedicionarios científicos españoles del setecientos trasladaron su ciencia allí donde arribaron sus buques, y crearon en las colonias ultramarinas, desde mediados a

finales de siglo, observatorios astronómicos, gabinetes de física, laboratorios de química o colecciones de mineralogía, zoología y botánica⁽¹²¹⁾, y realizaron cálculos, mediciones y observaciones astronómicas, físicas y geodésicas.

La auténtica dimensión de aquellas expediciones, que no pueden aislarse de las preocupaciones de los gobernantes ni de los adelantos científicos del Siglo de las Luces, sólo pueden comprenderse cuando se añade a las necesidades políticas, militares y diplomáticas, la aportación científica.

Es preciso resaltar que estas expediciones fueron patrocinadas, en su mayoría, por la monarquía ilustrada de los Borbones, debido tanto al entusiasmo científico de las minorías cultas, como al afán reformista de los reyes. Semejante comprensión mutua e identidad de objetivos entre los hombres de ciencia y los equipos de gobierno dio como resultado un avance espectacular en todos los órdenes que encontraría un serio obstáculo en la guerra de la Independencia (1808)⁽¹²²⁾.

2. UN INTENTO DE CLASIFICACIÓN DE LAS EXPEDICIONES

Los ministros de Carlos III, así como otras personas relacionadas con la Corte, estaban fascinados por los descubrimientos científicos en sí mismos, si bien la política gubernamental pretendía, a través de estos conocimientos, mejorar cualitativa y cuantitativamente los productos agrícolas y manufactureros del país. Con estas expediciones se quiso aplicar la ciencia en aras de la utilidad pública, el bien público y, por supuesto, la gloria de la patria. A estos objetivos se unieron otros, como la emulación de los tiempos gloriosos (el s. XVI presente siempre), la rivalidad con las naciones cultas (Gran Bretaña y Francia⁽¹²³⁾ también enviaron expediciones a lo largo [90] del siglo), el intento de monopolizar América en el campo científico o la recogida de materiales, especialmente los raros y desconocidos, para engrosar las colecciones de los recién creados jardines botánicos y gabinetes de historia natural.

Las distintas expediciones se encuadran, pues, dentro de una política de largo alcance y objetivos que respondían a las directrices mencionadas. Sin embargo, ello no quiere decir que todas las expediciones fueran semejantes o que recorrieran los mismos cauces desde su concepción hasta la publicación de sus resultados. Más bien, al contrario, hubo grandes diferencias: el patrocinio de la Corona⁽¹²⁴⁾; la cronología, atendiendo especialmente a los diferentes reinados y gobiernos; la institución que las organiza y la que se encarga de recoger y guardar los materiales, que son el fruto principal de toda investigación; el personal que las compone; la zona y el lugar al que se dirigen; o la finalidad y disciplina científica hacia la cual se encamina la labor a realizar.

Ángel Guirao de Vierna⁽¹²⁵⁾, teniendo presente estas variables, ha realizado una clasificación de las distintas expediciones científicas a América y [91] al Pacífico, englobándolas en tres grandes grupos. Toma como eje clasificatorio de las mismas los objetivos básicos de la expedición, o *finalidad*, según la disciplina atendida como labor principal.

A) Expediciones de historia natural

Estas expediciones tienen como misión describir y clasificar los objetos que la naturaleza produce en sus tres grandes reinos: animal, vegetal y mineral. Se incluye, igualmente, al hombre y a todas las ciencias que de él se ocupaban en esa época: la arqueología, la etnografía, la antropología, la historia y, en definitiva, todo aquello que en el siglo XVIII estaba dentro del epígrafe de «curiosidades». Así es como se entendía en el setecientos la historia natural⁽¹²⁶⁾, y esto lo demuestran las colecciones que formaban el Real Gabinete de Historia Natural de Madrid, en el que se podía encontrar desde un esmalte o una acuarela hasta una esponja o un caballito de mar, pasando por todo tipo de insectos.

En este primer apartado estarían comprendidos cuatro grandes subgrupos: las expediciones botánicas⁽¹²⁷⁾, mineralógicas, zoológicas y arqueológicas. Según los estudios realizados hasta la fecha, se efectuaron entre 1754 y 1807 diez expediciones: seis botánicas, una zoológica, una mineralógica, una arqueológica y otra multidisciplinar, que fue la de Malaspina. De todas estas expediciones consideradas de historia natural, solamente una se desarrolló en el Pacífico. Fue la realizada entre 1786-97 por Juan de Cuéllar a Filipinas, en el reinado de Carlos III, y cuya finalidad fue la botánica. La de Malaspina también se detuvo durante algunos meses en Filipinas.

B) Expediciones cuya finalidad se desarrolla en el campo de la geografía

Durante el setecientos la geografía fue considerada como una de las ciencias básicas que confluían en la náutica, lo que suponía a la vez una permanente presencia de la misma en los programas de estos estudios y su tratamiento obligado en los tratados de navegación y pilotaje. Inversamente, los geógrafos consideraron que las obras de náutica contribuían al desarrollo de su ciencia y que los problemas náuticos debían ser estudiados [92] por la geografía. A través de esta asociación con la náutica, se reforzaba la importancia de la geografía⁽¹²⁸⁾. Por otro lado, la astronomía no se puede considerar en este momento como una disciplina independiente, pues los astrónomos no perseguían únicamente estudiar fenómenos celestes, sino que su finalidad última era la de obtener los datos necesarios más precisos posibles para conseguir mejores mediciones geográficas, especialmente en las expediciones de límites, que pretendían hallar barreras naturales que sirvieran de frontera inamovible.

Por tanto, dentro de este segundo apartado incluimos cuatro subgrupos: las expediciones astronómicas, las de límites, las hidrográficas y las geoestratégicas. Éstas tienen como finalidad principal la protección y auxilio de las zonas más conflictivas del imperio ultramarino español para salvaguardar su integridad territorial. Básicamente, estas zonas de conflicto fueron la Patagonia y el estrecho de Magallanes, el Pacífico Noroeste y el seno mejicano, a las que debemos sumar las Filipinas, debido a su alejamiento y al interés de la metrópoli por encontrar nuevas rutas.

La Secretaría de Marina e Indias organizó cincuenta y dos expediciones geoestratégicas durante el período que nos ocupa, de las cuales las realizadas al Pacífico fueron aproximadamente unas treinta y cinco, lo que indica que las expediciones científicas en la segunda mitad del siglo XVIII al Pacífico son, salvando minorías, principalmente de finalidad geoestratégica.

C) Por último, existe un **tercer grupo** con tres expediciones que son difícilmente adaptables a los dos grupos anteriores. La expedición de Balmis, que podemos denominar médica -profiláctica sería el término más adecuado-, y las de Barcaiztegui y el conde de Mopox, ambas a la isla de Cuba. La finalidad de estas dos últimas era la de fomentar la agricultura, el comercio, la defensa y las comunicaciones de la isla.

Después de intentar clasificar las expediciones científicas españolas del siglo XVIII, en América y el Pacífico, centrémonos en el territorio que nos ocupa.

3. EL OCÉANO PACÍFICO EN EL REINADO DE CARLOS III

La presencia de España en las aguas, islas y costas del océano Pacífico se intensificó durante el reinado de Carlos III como resultado de la ejecución de un ambicioso programa defensivo que, como ya hemos descrito, abarcó toda la monarquía. Tras la conquista británica de La Habana y [93] Manila, en 1762 -durante la última fase de la guerra de los Siete Años-, las autoridades españolas comprendieron que la lejanía de las islas Filipinas ya no era una garantía de seguridad. Entonces el Pacífico se incorporó plenamente a la geoestrategia del tercer Carlos, presionado por las graves consecuencias de la Paz de París (1673)⁽¹²⁹⁾. Se iniciaron entonces importantes reformas encaminadas a mejorar la economía, la administración, la hacienda real y a poner en marcha un plan defensivo⁽¹³⁰⁾.

Así pues, Inglaterra y España eran, teóricamente y una vez eliminada Francia, los rivales protagonistas en aguas del Pacífico y del continente norteamericano. España, siempre recelosa de futuros establecimientos extranjeros en sus islas y costas, optó inicialmente, por tomar medidas defensivas, como fortificar sus principales puertos y ciudades, reclutar milicias provinciales y, posteriormente, incorporar nuevos territorios y ensayar nuevas rutas.

Pero Francia, tras la cesión de Canadá a Inglaterra, en 1763, se lanzó a la búsqueda del continente austral por las aguas tranquilas y las regiones desconocidas del ya mítico «lago español».

Por todos estos motivos, es obvio pensar que desde mediados del siglo XVIII el Pacífico perdió su carácter cerrado y quedó *abierto a la competencia* de las potencias europeas⁽¹³¹⁾. Aunque éstas en *abierto competencia* nunca confirmaron sus objetivos en el Pacífico. El duque de Richmon llegó a decir al embajador español en Londres, respecto a la expedición de Byron (1764-66): «... que había ido a buscar gigantes...»⁽¹³²⁾. En este

mismo orden de anécdotas, años después y en relación con el tercer viaje del capitán Cook (1776-80), que puso en alerta a los reinos españoles en América, el virrey de México escribió el 23 de octubre de 1776: «Por seguras noticias, se sabe el apresto en el río de Londres de dos fragatas... que mandará el capitán Cook con el pretexto de restituir a las islas de Otaheytí, en el Mar del Sur, al indio que sacó de ellas en anterior expedición...»⁽¹³³⁾.

Por otro lado, las expediciones rusas por el Pacífico también tuvieron preocupados a los embajadores españoles en San Petersburgo. El marqués de Almodóvar elaboró, en 1761, un informe de los viajes de Bering y su [94] sucesor, el vizconde de la Herrería, donde dio a conocer la explotación de las riquezas peleteras de las islas Aleutianas por los súbditos del Zar.

Todos estos motivos fueron los que llevaron a Carlos III a diseñar una política estratégicamente científica, con el fin de controlar y defender sus posesiones tanto en América como en el Pacífico.

4. PRESENCIA EUROPEA EN LOS PAÍSES COLINDANTES DEL PACÍFICO

Veamos pues, detenidamente, el mapa de la presencia europea en los países colindantes al Pacífico, durante el siglo XVIII, así como los viajes de exploración que, potencialmente, representaban una amenaza para el dominio español.

El imperio portugués poseía Timor en Oriente, con algunas factorías comerciales en la India, pero la antigua colonia portuguesa de Macao se había convertido en el principal lugar de residencia de la comunidad internacional de mercaderes, interesados en el comercio chino concentrado en Cantón.

Los franceses centraron sus intereses en la India y aunque no tenían colonias en el Pacífico, sí realizaron viajes de exploración, y también participaron en el comercio oriental. Llevaron a cabo algunas expediciones de reconocida importancia en este período: la de Bougainville, primera expedición francesa de circunnavegación del mundo, que, entre 1766 y 1768 recorrió el archipiélago de Paumotu, Tahití, las islas Samoa, las Nuevas Hébridas, las Molucas y Batavia. En 1769, una expedición hispanofrancesa bajo la dirección de Jean Chappe d'Auteroche se reunió en San José, Baja California, para estudiar el paso de Venus por el disco solar. Entre 1771 y 1773, el navegante Kerguelen-Trémarec surcó los mares del Sur y, finalmente, de 1785 a 1788, La Pérouse condujo una expedición al Pacífico septentrional en busca del paso del Noroeste, y de allí fue a las islas Sandwich, la isla Necker, Macao, las islas Filipinas, Japón, la Tartaria china, Kamchatka, el archipiélago de los navegantes y Botany Bay, en Australia.

Holanda, por su parte, contaba con su imperio oriental centrado en Ceilán, Sumatra, la península malaya, Borneo, Java, Célebes y las islas Molucas⁽¹³⁴⁾, testimonio de la pujanza holandesa del siglo XVII. Sin embargo, en el siglo XVIII, el comercio holandés, reflejando la decadencia general [95] interna e internacional de Holanda, estaba en claro declive ante el empuje de los ingleses.

Inglaterra contaba en Oriente con gran parte de la India. Pero será la paz de 1763 la que inaugure un período de hegemonía para Gran Bretaña en la política mundial. A partir de ese año se consolidó y extendió la influencia inglesa en la India, iniciándose también una activa política de exploración en el Pacífico como un nuevo ámbito de colonización. Se puede destacar la influencia ejercida por Alexander Dalrymple, agente de la compañía inglesa de las Indias Orientales; el descubrimiento de Tahití por Wallis (1767); y los tres viajes al Pacífico del capitán James Cook, en 1768-71, 1772-75 y 1776-79.

Los descubrimientos geográficos de Cook estimularon los apetitos mercantiles e imperiales y, tras la pérdida de las colonias norteamericanas, en 1783, aumentó el interés de los ingleses en las posibilidades comerciales del Pacífico. En el año 1785 tomaron Penang, en la península de Malaca, enclave considerado la llave de los pasos marítimos y comerciales entre el Pacífico y el Índico; en 1787 se instalaron en Botany Bay, y al año siguiente fundaron Sydney.

Por último, la Rusia imperial se estaba extendiendo en los confines septentrionales del Pacífico, en la península de Kamchatka, las islas Aleutianas, y las costas de Asia y Alaska. En el siglo XVIII se sucedieron diversas expediciones rusas al Pacífico, tanto para explorar las costas como para realizar aventuras comerciales. Esto lo avalan los viajes de Spangenberg al Japón, en 1739, y de Bering y Chirikov a las islas Aleutianas y Alaska, en 1741. Pero será a partir de 1762, iniciado el reinado de Catalina *la Grande*, cuando se multipliquen las actividades rusas en el Pacífico septentrional⁽¹³⁵⁾.

Estas eran, a grandes rasgos, las áreas de influencia y las zonas de presión de las potencias europeas en los territorios limítrofes del océano Pacífico durante la segunda mitad del siglo XVIII; en base a ellas, veremos cómo se desarrollan muchas de las expediciones científicas de la corona española.

5. EXPEDICIONES CIENTÍFICAS ESPAÑOLAS EN EL PACÍFICO

5.1. La defensa del Pacífico Sur

5.1.1. Patagonia y estrecho de Magallanes

A partir de 1765 la Secretaría de Marina e Indias reanuda el sistemático reconocimiento de la zona del estrecho de Magallanes, tanto por su [96] vertiente pacífica como atlántica. La multiplicación de este tipo de misiones permite comprender lo trascendente que era para las autoridades españolas un mejor control de esta región, donde se llevaron a cabo diversas expediciones que podemos dividir en dos grandes grupos. El primero está formado por las expediciones enviadas a la Patagonia desde el virreinato del Río de la Plata, con la intención de proteger el paso más importante de entrada al Pacífico. El segundo grupo, más escaso, está formado por las expediciones enviadas al estrecho de Magallanes, con la misión de levantar cartas y derroteros para mejorar la navegación por dicha área.

La monarquía hispana, preocupada por las incursiones inglesas en la Patagonia -de la que son buena muestra el viaje de Anson y la ocupación de las Malvinas-, diseñó un plan consistente en ocupar estas zonas desoladas del imperio y establecer un puerto que facilitara a la navegación española el tránsito del Atlántico al Pacífico. Para llevar a cabo el proyecto se enviaron numerosas expediciones⁽¹³⁶⁾, entre ellas: la de Perlier a la Patagonia (1767-68) y la de Pando a Tierra del Fuego (1768-69), con la misión de buscar un lugar seguro donde establecer un puerto. En estas mismas fechas (1768-69), Gil de Lemos zarpó rumbo a las Malvinas con la intención de vigilar los movimientos ingleses, y de realizar estudios sobre derroteros entre el archipiélago y la costa firme. No obstante, y a pesar de que el proyecto fracasó, debido en gran parte a la escasez de agua potable cerca de las costas propuestas, se levantaron importantes cartas náuticas.

La siguiente tentativa hubo de esperar diez años, hasta el final de la década de los setenta. Ésta volvió a saldarse con un estruendoso fracaso, aunque las expediciones a la Patagonia de Piedra (1778-79), Viedma (1780-84) y Clairac (1789) alcanzaron importantes logros en el conocimiento de la Patagonia atlántica, en especial en lo que hace referencia a sus pobladores. El fracaso fue particularmente grave en la expedición de Viedma por la magnitud del proyecto civilizador y de poblamiento que tenía encomendado.

En la década de los noventa, una vez recuperados del desastre anterior, se efectuó la última tentativa expedicionaria a la Patagonia de la mano de Elizalde (1790-91) y de Gutiérrez Concha (1794-95). Aunque fueron incapaces de formar una población estable en las costas patagónicas, al menos aportaron conocimientos útiles sobre una zona tan abandonada de los centros de poder.

Mientras se sucedían estas expediciones por la costa atlántica, en el Pacífico, el marino Moraleda y Montero se encargó de reconocer la costa chilena y centró sus dos expediciones (1786-87) y (1792-94), en el archipiélago [97] de Chiloé. Ambas expediciones tuvieron un carácter marcadamente hidrográfico, a diferencia de las mencionadas con anterioridad.

El segundo grupo está formado por las expediciones de Córdoba al estrecho de Magallanes (1785-86 y 1788-89). A diferencia de las expediciones citadas, éstas fueron de una alta calidad científica y netamente hidrográficas, pese a que se dirigieron a una zona muy conflictiva. Su dotación, especialmente preparada para este tipo de trabajos, fue extraordinaria, como lo demuestra la completa colección de instrumentos que transportaban⁽¹³⁷⁾. Además de los levantamientos cartográficos y de otros trabajos propios de su especialidad, los participantes mostraron un gran interés por otros temas. Por citar algunos, sirvan de muestra los trabajos realizados por el médico Juan Luis Sánchez en el campo botánico, y las colecciones recogidas para el Real Gabinete de Historia Natural de Madrid.

La primera expedición zarpó de Cádiz el año 1785, en la fragata *Santa María de la Cabeza*, con la misión de comprobar si era más conveniente la navegación por el estrecho de Magallanes que por el cabo de Hornos, y de levantar cartas precisas. Sólo se contaba con la cartografía inglesa, poco contrastada por españoles, al haberse perdido los planos que habían levantado los hermanos Nodal y Sarmiento de Gamboa. Tras siete meses de trabajo, se levantaron los márgenes del estrecho de Magallanes, desde el meridiano de *Virgenes* hasta el *cabo Lunes*, con lo que se daba por concluida la misión.

A lo largo de toda la expedición, sus responsables realizaron interesantes descripciones sobre la vida y costumbres de los «patagones», la fauna (especialmente aves) y la botánica, ya mencionada.

El 11 de junio de 1786 atracaba la fragata en Cádiz con los resultados de la expedición: una carta general del estrecho de Magallanes y algunas particulares; un derrotero para explicarlas, con la recomendación de que se optara por la ruta del cabo de Hornos, y numerosas colecciones de historia natural.

En esta primera expedición no pudo visitarse la parte occidental del estrecho, debido a los vientos, a lo avanzado de la estación y a la falta de amarras. Por ello, la Secretaría de Marina organizó otra expedición, para la que fueron aprestados los paquebotes *Santa Eulalia* y *Santa Casilda*, al mando del propio Antonio de Córdoba y de Fernando Miera, acompañados de una dotación también de primer orden. Los resultados de este segundo viaje completaron los conocimientos aportados por el primero, siendo igualmente valiosos. De la misma forma, e igual que había sucedido con los resultados del viaje de la fragata *Santa María de la Cabeza*, fueron inmediatamente publicados. [98]

5.1.2. Pacífico Sur americano

Otro grupo de expediciones serían organizadas desde el Perú por el virrey Amat, con el objetivo de salir al paso de la presencia inglesa en las islas más próximas a las costas del virreinato. Dejando al margen las exploraciones realizadas en los años cincuenta por los marinos y científicos Jorge Juan y Antonio de Ulloa, que les habían llevado repetidas veces a las islas de Juan Fernández y a lo largo de las costas peruanas y chilenas, la primera expedición organizada por Amat salió del puerto del Callao el 10 de octubre de 1770 con el navío *San Lorenzo* al mando del capitán de fragata Felipe González de Haedo⁽¹³⁸⁾, jefe de la expedición, y la urca *Santa Rosalía*, al mando del capitán de fragata Antonio Domonte⁽¹³⁹⁾. Esta expedición tuvo como exclusivo propósito la localización y ocupación de las tierras avistadas por el inglés Edward Davis en 1687. El resultado final fue el reconocimiento y toma de posesión de la isla de Pascua, que había sido descubierta en 1722 por el holandés Jacob Roggeveen⁽¹⁴⁰⁾.

Las restantes tres flotas enviadas por Amat tuvieron como punto de destino las islas de la Sociedad, descubiertas por el inglés Samuel Wallis en 1767, poco antes de que llegaran las noticias acerca de las expediciones de Bougainville y Cook, iniciadas respectivamente en 1768 y 1769.

Serán las tres expediciones españolas a la isla de Tahití las que formen uno de los capítulos más brillantes del reinado de Carlos III. El 26 de septiembre de 1772 levó anclas del puerto del Callao la fragata *Santa María Magdalena*, alias *El Águila*, mandada por el capitán de fragata Domingo de Bonechea⁽¹⁴¹⁾ y llevando como segundo a Tomás Gayangos. Tras reconocer la isla de Anaa (Todos los Santos), en el archipiélago Tuamotu y Mehetia (San Cristóbal), divisaron Tahití el 8 de noviembre y el día 20 quedó la fragata amarrada en la bahía de Aiurua. A su regreso, los españoles llevaron cuatro indígenas de la isla de Tahití, ahora bautizada con el nombre de Amat.

Con el fin de crear una colonia, Domingo de Bonechea y Gayangos navegaron a Tahití por segunda vez entre el 20 de septiembre de 1774 y el 7 de abril de 1775, con la fragata *El Águila* y el barco *Júpiter*. A bordo fueron dos franciscanos, fray Narciso González y fray Jerónimo Glot, [99] quienes fundaron una misión en la isla. Tras atravesar las Tuamotu y el pasaje de Mehetia, los dos navíos llegaron a Tahití el 27 de septiembre y desembarcaron en la bahía de Vaitepiha. Varias islas del archipiélago fueron reconocidas, especialmente las islas de Sous-le-Vent. Al regreso, Bonechea murió, siendo reemplazado por Gayangos. El 28 de enero la expedición levó anclas de Tahití y tras reconocer Raivavae⁽¹⁴²⁾, una de las islas Australes, llegaron a Callao.

Finalmente, un tercer viaje (1775-76), mandado por Cayetano de Lángara, que salió del Callao el 27 de septiembre de 1775, en la fragata *El Águila*, llegó a Tahití el 3 de noviembre y tuvo por objeto repatriar a la misión franciscana y con ellos la presencia hispana en el archipiélago. Sin duda, ello pudo deberse a partir del cálculo de la dificultad de mantener y defender aquellas posesiones, tan alejadas de las costas del virreinato.

En cualquier caso, en palabras de Martínez Shaw, «... el programa de exploraciones de Amat se saldaba con el reconocimiento de nuevas islas al sur del Pacífico y con la incorporación definitiva de la isla de Pascua al mundo hispánico»⁽¹⁴³⁾.

5.2. La renovada exploración de Filipinas

Si el proyecto de hallar una alternativa al paso del estrecho de San Bernardino para el galeón de Manila se tradujo en el ensayo de nuevos derroteros para el retorno a las costas mejicanas, la potencialidad comercial de Filipinas movió a ampliar desde diversas instancias y con distintos objetivos las exploraciones en el área.

Del mismo modo que ocurriera en la zona del estrecho de Magallanes, la Secretaría de Marina e Indias patrocinó diversas expediciones hacia el archipiélago. La primera expedición fue realizada, entre 1765 y 1767, por el navío *Buen Consejo*, que partió del puerto de Cádiz el 12 de marzo de 1765, al mando de Juan de Casens y Juan de Lángara, este último como segundo capitán. Atravesaron las islas de Cabo Verde, recalaron en Río de Janeiro, avistaron Buena Esperanza a partir del 18 de noviembre y llegaron sin novedad a Manila. Entre 1768 y 1770, el *Buen Fin*, de nuevo bajo las órdenes de Casens, realizó un segundo viaje, durante el cual los problemas se multiplicaron y el viaje se dilató al tener que arribar a las costas de Batavia. La llegada a Manila, a través del estrecho de Malaca, agudizó tanto los peligros que hubo que contratarse a un práctico francés. El regreso a Cádiz lo realizó junto a la fragata *Venus*, que había salido a [100] principios del año 1769 del puerto gaditano, al mando del capitán González de Guinal, acompañado de Juan de Lángara. Llegaron a Cádiz en 1770.

José de Córdoba, al mando de la fragata *Astrea*, protagonizó el cuarto viaje Cádiz-Manila entre 1770 y 1771, logrando disminuir el escorbuto que se desencadenó a bordo gracias a sendas escalas en la bahía de Tabla, a la ida, y en la isla de Francia, a la vuelta. El 18 de marzo de 1771 partió de Cádiz la fragata *Palas*, que, comandada por el capitán

Ignacio Mendizábal, protagonizó la quinta expedición a través de la nueva ruta. Llegó a su destino en 1772. Pero, sin duda, el viaje más brillante fue el protagonizado por la fragata *Venus*, entre 1771 y 1773, mandada por Juan de Lángara, capitán de fragata, y que contaba con los auxilios de los tenientes de navío Francisco Melgarejo y Luis Ramírez de Arellano y los tenientes de fragata Felipe Villavicencio y José de Mazarredo. El fin del viaje era transportar tropas y armamento a la capital filipina, pero su fama se debe a que, por primera vez en España, se utilizó el reciente método de hallar la longitud por medio de las distancias lunares. A éste le siguieron Villa y Saravia, en 1774, y finalmente Vernaci y Cortázar, ya a principios del siglo siguiente (1803)⁽¹⁴⁴⁾.

Otras expediciones obedecieron a motivos distintos. Entre ellas cabe destacar la de Francisco Antonio Mourelle (1780-81), que enmarcada dentro de los esfuerzos por hallar una nueva derrota para el galeón de Manila al sur de Mindanao, desbordó ampliamente esos límites por la magnitud de su singladura y la trascendencia de sus descubrimientos. En efecto, tras zarpar de Manila y una vez al sur de las Filipinas, Mourelle, deseoso de evitar el encuentro con una nave inglesa que había sido detectada en aquellas aguas y también obligado por adversas condiciones meteorológicas, hubo de poner rumbo al sur y cruzar la línea ecuatorial. Visitó las islas del Almirantazgo (ya avistadas por Álvaro de Saavedra) y descubrió algunas otras islas del archipiélago de las Bismarck y del grupo de las Tonga, antes de cambiar de nuevo su derrota y, tras tocar en las Marianas, rendir viaje en el puerto de San Blas.

Diferente objetivo tuvo la comisión botánica de Juan de Cuéllar en Filipinas, entre 1786 y 1801. Contratado por la Real Compañía de Filipinas como su naturalista, tenía la obligación de poner en producción el archipiélago filipino. Al mismo tiempo, comisionado por el rey Carlos III como su «botánico real sin sueldo», debía realizar envíos de plantas, semillas, dibujos y herbarios al Real Jardín Botánico de Madrid, así como de objetos «raros y curiosos» para el Real Gabinete de Historia Natural de Madrid⁽¹⁴⁵⁾.

La travesía de Ignacio María de Álava, al frente del Escuadrón Hispano-Asiático [101], desde Cádiz a Manila, obtuvo importantes resultados científicos, como el perfeccionamiento de la cartografía del cabo de Hornos, de las costas chilenas y peruanas y de las islas Filipinas (1795-96). Un objetivo médico tuvo la llamada expedición filantrópica de la vacuna. Bajo la dirección de Francisco Javier Balmis, difundió la práctica de la inoculación entre las poblaciones de América y Filipinas (1803-06). Finalmente, el archipiélago fue también visitado por Alejandro Malaspina. La multidimensionalidad de los objetivos de esta expedición le confiere un significado singular en este ciclo de exploraciones.

5.3. La defensa del Pacífico Norte

La expansión hispana al norte del virreinato de Nueva España es una de las manifestaciones más sensibles del nuevo ímpetu colonizador puesto de relieve durante el siglo XVIII. Ahora bien, el avance de las naves españolas hacia el Norte, a lo largo de las costas occidentales del continente americano, se vio espoleado por las noticias llegadas al virreinato mejicano acerca de la presencia de barcos ingleses y rusos en las

aguas más septentrionales de aquella región. Las expediciones españolas al noroeste americano tienen como finalidad la toma de posiciones en un área de indudable valor estratégico, pero también la exploración de aquellos territorios con vistas a obtener información geográfica, etnográfica y de historia natural. Junto a éstos, se atisban otros objetivos: la búsqueda de un estratégico paso interoceánico, el hallazgo de puertos de descanso para el galeón de Manila⁽¹⁴⁶⁾, la conversión de los indígenas, la participación en el comercio de las pieles y la vigilancia de las costas del noroeste⁽¹⁴⁷⁾.

Aunque no son todavía suficientemente conocidas, el punto de arranque de estas expediciones puede fijarse en la fundación del puerto de San Blas (1768), atribuida a José de Gálvez, visitador general de la Nueva España. Este enclave sirvió de apoyo en la guerra de Sonora y de punto de abastecimiento a la península californiana, y constituyó la base de operaciones y el punto de partida de las naves que se dirigían hacia el Norte. El mayor impulsor de esta expansión fue el ya citado José de Gálvez, quien, en abril de 1768, abandonó México para dirigirse hacia el noroeste del virreinato con el fin de pacificar e impulsar la región, labor urgente tras la expulsión de los jesuitas. [102]

En el camino hacia el puerto de San Blas, el visitador recibió una misiva de Madrid en la que se le comunicaba el temor de la Corte por la renovación de las incursiones rusas en América, y se le ordenaba tomar medidas adecuadas para salvaguardar sus territorios. La carta fue decisiva para poner en marcha una empresa previamente proyectada: la ocupación del puerto de Monterrey⁽¹⁴⁸⁾.

Primero en San Blas y posteriormente en la Baja California, Gálvez organizó minuciosamente la doble expedición -marítima y terrestre- destinada a fundar sendos establecimientos en San Diego y Monterrey. Los barcos *San Carlos* y *San Antonio*, comandados por Vicente Vila y Juan Pérez, protagonizaron el primer viaje ilustrado a la Alta California.

En pocos años, los pilotos de San Blas alcanzaron un notable conocimiento de la navegación por el Pacífico Norte, sobresaliendo el mallorquín Juan Pérez, quien lograría disminuir de forma considerable la duración de las travesías. Por ello, no es extraño que el virrey Bucarely le eligiese para preparar y comandar la primera expedición a las costas de Canadá, en 1774, donde descubrió la isla de Vancouver y la bahía de Nutka. Con la llegada de los oficiales de Marina pedidos por Bucarely a la Península, el virrey organizó en 1775 una segunda expedición, al mando del teniente de navío Bruno de Heceta y del teniente de fragata Juan Francisco de la Bodega, quienes llegaron hasta la isla de Kruzof y los 58° de latitud N., en el golfo de Alaska.

Tras una demora de cuatro años, debida a la falta de naves apropiadas, se inició la tercera expedición al noroeste el 11 de febrero de 1779, con Ignacio Arteaga y Juan Francisco de la Bodega, al mando de las fragatas *Princesa* y *Favorita*, que exploraron la península de Kenai y la isla de Kodiak.

Hubo que esperar un plazo de nueve años para que continuara la labor emprendida. Posteriormente se sucedieron varias expediciones: la de José Esteban Martínez y Gonzalo López de Haro, que zarparon en los mismos barcos dos veces consecutivas (1788 y 1789). Esta, en 1788, entró en contacto con establecimientos rusos en la isla de Unalaska, lo que motivó el famoso conflicto de Nutka con los ingleses; la de Francisco Eliza, Salvador Fidalgo y Manuel Quimper (1789-90), que acabaron dirigiendo derrotas

independientes y aportaron un exhaustivo conocimiento cartográfico y humano de este área; la de Eliza y Narváez (1791); la de Dionisio Alcalá Galiano y Cayetano Valdés (1792), desembarcados de la flota de Malaspina para dirigir una exploración que aportaría, entre otros resultados, la primera circunnavegación de la isla de Vancouver; la de Jacinto Caamaño (1792), que al mando de la *Aránzazu*, reconoció la zona norte de Nutka; y la de Juan Francisco de la Bodega (1792), que tuvo como objetivo principal [103] la prolongación de los trabajos de la expedición botánica a Nueva España dirigida por Martín Sessé y José Mariano Mociño⁽¹⁴⁹⁾, a quien le correspondió efectuar las observaciones de historia natural y de etnografía que concluyeron en la redacción de las famosas *Noticias de Nutka*. Al margen, hay que citar el periplo norteamericano de la expedición de Malaspina, que durante el verano de 1791 patrullaría en aguas de Alaska, antes de seguir viaje por las vastas extensiones del Pacífico.

En resumen, veinte años de exploraciones habían dado como resultado el reconocimiento de las costas del actual estado de Washington, de la Columbia Británica y de Alaska, hasta las islas de la Reina Carlota y las Aleutianas.

6. LA EXPEDICIÓN MALASPINA

La expedición del marino italiano Alessandro Malaspina, acompañado del español José Bustamante (1789-94), no sólo fue la de objetivos más ambiciosos, duración más prolongada y más dilatada singladura, sino que en cierta medida fue también el resumen y compendio de todo el ciclo de exploraciones españolas desarrollado en el último tercio del Siglo XVIII⁽¹⁵⁰⁾. Organizada en España y aprestada en el puerto de Cádiz, estaba integrada por un brillante equipo de navegantes, científicos y artistas que acometieron la exploración sistemática de las costas occidentales de América del Norte y del litoral de Filipinas, el estudio minucioso de las islas de Tonga (de las que tomaron posesión para España) y toda una serie de observaciones botánicas, geológicas y etnográficas que conformaron un corpus del más alto interés para el progreso de las ciencias, a la vez que en su largo periplo tomaban contacto finalmente con el continente austral, visitando Australia y Nueva Zelanda. Esta sola travesía hubiera permitido a España figurar entre las naciones protagonistas de las grandes exploraciones del siglo XVIII, que constituyen sin duda uno de los grandes capítulos de la [104] historia de los descubrimientos geográficos y científicos de todos los tiempos.

Ahora bien, el plan presentado ante el secretario de Estado de Marina, Antonio Valdés, en 1788, se inspiraba claramente en los viajes de Bougainville, Cook y La Pérouse, cuyos logros pretendía emular y superar. Tras zarpar de Cádiz, la expedición puso rumbo al Río de la Plata, desde donde pasó a las islas Malvinas para luego doblar el cabo de Hornos y penetrar en el mar del Sur. Se ciñó a las costas occidentales de Sudamérica, haciendo escala en las islas de Juan Fernández, y posteriormente siguió navegando hacia el norte, hasta llegar a Acapulco. Desde allí se adentró en alta mar con el objeto de alcanzar las costas noroccidentales de Norteamérica, permaneciendo algún tiempo en Puerto Mulgrave. Después volvió hacia el Sur siguiendo la costa, como era usual entre los navegantes españoles de los mares «californianos», hasta arribar de nuevo a Acapulco. Aquí terminó la primera etapa de la expedición, dedicada a explorar los flancos americanos del Pacífico, mientras que la segunda etapa se concentró en la

navegación transoceánica, pasando por las islas Marshall, Marianas, Filipinas⁽¹⁵¹⁾, Nuevas Hébridas, el extremo sudoriental de Nueva Zelanda, Sydney y las islas Tonga, antes de llegar a Lima, desde donde se reemprendió el viaje de regreso a España por el cabo de Hornos.

Aunque los resultados científicos de esta expedición fueron ingentes⁽¹⁵²⁾, su mayor contenido e interés tuvo un carácter claramente político. Se trataba básicamente de perfeccionar las cartas hidrográficas, de informar sobre los medios de defensa de todas las posesiones españolas y de investigar sobre el comercio, los recursos y el estado político de América y Oceanía, con el objeto de revalidar la soberanía española sobre territorios y mares. Y al mismo tiempo se dejaba constancia del prestigio científico español en el concierto ilustrado europeo.

La expedición llegó a Cádiz en 1794, y este mismo año se firmó en Madrid la convención de Nutka, por la cual España cedió la plaza a Inglaterra y ésta a su vez renunció a su soberanía, quedando el territorio indiviso y de libre acceso a ambas potencias, aunque sin establecimientos permanentes. En realidad, significaba la efectiva eliminación de la siempre precaria soberanía española sobre estas latitudes.

Los rusos consolidaron su presencia en las Aleutianas y Alaska, hasta la venta de estos territorios a Estados Unidos en 1867. Los ingleses del Canadá lucharon con los norteamericanos por la posesión de Oregón hasta [105] su repartición, entre ambas potencias, mediante el tratado de 1846. La Alta California fue cedida por la República de Méjico a los Estados Unidos en 1848, mediante el tratado de Guadalupe-Hidalgo.

Asimismo, durante todo el siglo XIX las potencias europeas de mayor pujanza naval y comercial irían tomando posesión de islas y plazas del Pacífico, y logrando una mejor integración de este océano tanto en la política como en la economía mundial⁽¹⁵³⁾. [106]

EXPEDICIONES ENVIADAS AL PACÍFICO SUR

Fecha	Nombre expedición	Reinado	Gobierno	Ins. Organizador	Lugar	Finalidad	Disciplina
1767-68	Perlier	Carlos III	Arriaga	S. Marina e Indias	Patagonia	Geoestratégica	Geografía
1768-1769	Pando	»	»	»	T. del Fuego	»	»
1768-69	Gil de Lemos	»	»	»	Malvinas	»	»
1770	Hervé-Haedo	»	Amat	Virreinato del Perú	Pascua	»	»
1772-1773	Bonechea	»	»	»	Tahití	»	»
1774-1775	Bonechea-Gayangos	»	»	»	»	»	»
1775-76	Lángara	»	»	»	»	»	»
1778-	Piedra	»	Floridablanca	S. Estado	Patagonia	»	»

1779							
1780-84	Viedma	»	»	»	»	»	»
1785-86	Córdoba	»	Valdés	»	Magallanes	Hidrográfica	»
1786-1787	Moraleda	»	»	»	Chiloé	»	»
1788-1789	Córdoba	»	»	»	Magallanes	»	»
1789	Clairac	Carlos IV	Valdés-Porlier	»	Patagonia	»	»
1790	Elizalde	»	Valdés	»	»	»	»
1792-94	Moraleda	»	»	»	Chiloé	»	»
1794-95	Gutiérrez Concha	»	»	»	Patagonia	»	»

[107]

EXPEDICIONES ENVIADAS A FILIPINAS

Fecha	Nombre expedición	Reinado	Gobierno	Ins. Organizador	Lugar	Finalidad	Disciplina
1765-67	Casens-Lángara	Carlos III	Arriaga	S. Marina e Indias	Pacífico	Geoestratégica	Geografía
1768-70	Casens	»	»	»	»	»	»
1769-70	Guinal-Lángara	»	»	»	»	»	»
1770-71	José de Córdoba	»	»	»	»	»	»
1771-1772	Mendizábal	»	»	»	»	»	»
1771-73	Lángara	»	»	»	»	»	»
1774	Villa-Sarabia	»	»	»	»	»	»
1780-81	Mourelle	»	»	»	»	»	»
1786-97	J. de Cuéllar	»	Floridablanca	S. Estado	Filipinas	Botánica	H. Natural
1792	Malaspina	Carlos IV	»	»	»	Interdisciplinar	Todas
1803	Vernaci-Cortázar	»	Caballero	S. Marina	Pacífico	Geoestratégica	Geografía
1804	Balmis	»	»	S. Estado	Filipinas	Profiláctica	H. Natural

[108]

EXPEDICIONES ENVIADAS AL PACÍFICO NORTE

Fecha	Nombre expedición	Reinado	Gobierno	Ins. Organizador	Lugar	Finalidad	Disciplina
1774	Pérez	Carlos III	Arriaga ⁽¹⁵⁴⁾	S. Marina e Indias	Pacífico	Geoestratégica	Geografía
1775	Heceta-Bodega	»	»	»	»	»	»
1779	Arteaga-Bodega	»	Gálvez	S. Indias	»	»	»
1788-	Martínez-L. Haro	»	Valdés-	»	»	»	»

89			Porlier				
1789-90	Eliza	Carlos IV	»	»	»	»	»
1789-90	Fidalgo	»	»	»	»	»	»
1789-90	Quimper	»	»	»	»	»	»
1791	Eliza-Narváez	»	Valdés	S. Marina	»	»	»
1792	Galiano-Valdés	»	»	»	»	»	»
1792	Caamaño	»	»	»	»	»	»
1792	Bodega	»	Aranda	S. Estado	»	Límites	» (155)

△

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario